

Una neurosis mal curada

La adolescencia, momento para muchos de la fe o de las creencias infantiles, para mí lo fue de enquistamiento en ellas bajo una forma obsesiva y delirante. Puesto que uno ha tenido nacimientos varios, he de decir cuándo y cómo nací a la religiosidad, a una religiosidad adolescente –no a la infantil, que la tuve convencional y muy somera- atormentado por el terror al infierno y el temor a imaginarios pecados que podían conducirme a él. He de agradecer –je, je- ese nacimiento a mis maestros y padres espirituales de preadolescencia.

Eran mis maestros los Hermanos de La Salle en el colegio donde cursé el bachillerato. En aquel colegio no había castigos corporales refinados y metódicos, si acaso alguna que otra colleja ocasional; tampoco coacciones directas, descaradas, para asistir a una misa o rosario obligatorio. No las había en sentido estricto, pero si un goteo continuado de exhortaciones piadosas y morales en lluvia fina o no tan fina que terminaba por calarte.

En La Salle comenzaban las clases cada mañana con una charla breve, de unos diez o quince minutos, de contenido religioso o moral –o sea, una plática- a cargo de uno de los Hermanos. Al sonar las horas se introducía un minuto de silencio con esta frase ritual: “Recordemos que estamos en la santa presencia de Dios”. Eso así, a diario, durante los nueve meses del curso. Y los más dóciles ¡claro que recordábamos y a cada instante!. No me quitaba yo ese recuerdo en todo el día: dondequiera me encontrara, allí estaba y escrutaba Dios omnipresente, omnividente. Había, además, algunas ocasiones señaladas cuando te caía encima, en sermoneo o plática, lluvia torrencial o sopa como para empaparte de Dios hasta los huesos.

Cada año se nos ofrecían ejercicios espirituales, los de san Ignacio, de cuatro o cinco días, en régimen de internado y silencio riguroso en alguna casa de retiro bajo la dirección de un “padre espiritual”, algún jesuita. Era voluntario participar en ellos, pero casi todos los colegiales asistíamos. Por mi parte, buen chico, aplicado aspirante a alumno modelo, a ser bien aceptado por mis maestros, acudía de buen grado y me los tomaba con entera seriedad. Respetaba a rajatabla el recogimiento propio de un retiro, sin otras lecturas que las piadosas y moralizadoras. No así muchos otros compañeros, que vivían aquellos días como grata oportunidad de librarse de los padres y que los

aprovechaban, en los tiempos libres, entre una plática y otra, para leer revistas o novelas, o para charlar y jugar las cartas a escondidas en la habitación de alguno de ellos.

En aquellos ejercicios ignacianos había una plática o meditación que me impresionaba sobremanera: la del infierno, con su fuego terrorífico y su inimaginable eternidad, que el jesuita director -y enderezador de nuestras flojas almas en aquel retiro- describía de manera vívida y brillante, como para quitarte el sueño. Solía ilustrarse, además, la descripción con la leyenda de algún caso de joven virtuoso que cometió un desliz en una desgraciada noche de pecado y que moría esa misma madrugada para irse derecho al infierno. Esto último ignoro cómo había llegado a saberse hasta llegar también a oídos del predicador: al parecer, porque el jovencito se había aparecido a algún amigo para contarlo y advertirle. La moraleja era contundente: un solo pecado mortal, según era el pecado de la “carne”, un acto o pensamiento impuro, cometido casi por descuido, bastaba para condenarte por toda la eternidad.

Conviene representarse el escenario. Las pláticas, cuatro o cinco al día, las recibíamos en la capilla de la casa de retiro. El padre director solía hablar envuelto en una inquietante oscuridad, sentado ante una mesita sin más luz que la de una tenue lámpara que la iluminaba y que a nosotros nos permitía ver tan sólo manos y rostro suyos. En susurro a media voz, o a veces elevando el tono como un predicador en los picos de su arenga, interpelaba a nuestros pecadores espíritus al desgranar los horrores del infierno y de los desdichados allí caídos acaso por un único pecado. Era una escenografía impresionante, al menos para mí, fácil de impresionar. Las palabras desde la mesita me ponían los pelos de punta y aterraban mis noches.

Tras los anuales chaparrones torrenciales, bastaban luego cuatro gotas de terror al día. Caían éstas sobre mojado. Cualquier mención de “pecado” o de “infierno” adquiría resonancias de ejercicios espirituales en encierro. Las rutinas diarias que, sin lo caído antes en la casa de retiro, te hubieran resbalado, te calaban hasta la médula y te mantenían en un perpetuo sobresalto, el del santo temor de Dios, inflexible fiscalizador de tus acciones y tus pensamientos. La condena al infierno por un único pecado te la repetían, en breve, más de una vez, en la plática matutina; y a ti, espíritu vulnerable, con madera de neurótico, se te convertía en obsesión.

Los actos típicos que podrían llevarte al infierno eran los de impureza, pecados contra el “no fornicarás” del sexto mandamiento. Nunca supimos bien qué significaba exactamente “fornicar”, pero nos lo explicaban muy claro: nada de tocarse o de jugar con las partes sexuales. Otros mandamientos y pecados apenas entraban en cuenta. Era improbable entonces que unos colegiales mataran a alguien. En cuanto al “no mentirás”, claro que mentíamos y mucho, pero en mentirijillas menores, veniales, insuficientes para condenarte.

Había, además, un noveno mandamiento. Por entonces se enunciaba: “no desearás la mujer de tu prójimo”. También esto nos sonaba, de adolescentes, un tanto singular. Las únicas mujeres de algún prójimo que conocíamos eran nuestras tías o las madres de nuestros compañeros. No era probable que eso se te pasara por la cabeza, aunque algunos compañeros tenían tías apetecibles. Pero nuestros maestros nos interpretaban bien lo que eso quería decir, según luego se ha formulado, con claridad mayor, en ese mismo mandamiento: “no tendrás pensamientos impuros”. Obsérvese bien: no ya desear, sino pensar; y tal pensar, según se tome, es poco menos que irremediable para cualquier adulto y, desde luego, para cualquier joven. A los deseos todavía se los puede inhibir o controlar hasta cierto punto; pero a los pensamientos, ¿cómo?

Todo el año se nos hablaba de castidad, de pureza, a menudo con ejemplos a imitar extraídos del martirologio o del santoral. En 1950 se canonizó a María Goretti, una adolescente que, con menos de doce años, prefirió morir, ser asesinada, antes que perder la virginidad. Había otros casos ejemplares, con o sin muerte para salvar la pureza. Y, sobre todo, estaba santa María virgen, madre del Señor. Aparte del Avemaría, a ella se la invocaba con la plegaria “Bendita sea tu pureza”. A ella se la celebraba por todo lo alto, como a la altura de Dios, en numerosas fiestas suyas y en el mes de mayo, el de las puras azucenas. Ahora bien, exceptuando a María, a las María Goretti, a las Teresas santas y a nuestra santa madre -¡faltaría más!-, el resto de las mujeres, incluidas nuestras primas, eran Evas, fáciles de tentar por la serpiente y ellas mismas tentadoras como las sirenas de Ulises. (Por cierto, en mi sucinta familia, yo no tenía primas próximas y no hubo roce alguno, ni sexual, ni otro, con ellas). Se esperaba que sublimáramos en María, como madre, y no como

novia o amiga, nuestros impulsos y sentimientos hacia la mujer o hacia ese “eterno femenino” que suena a arquetipo platónico.

“Amarse no es mirarse a los ojos, uno a otro, sino mirar juntos en la misma dirección”. Así decía un libro, *Te vas haciendo hombre*, que me fue recomendado y que leí y releí repetidamente. No suena mal la sentencia. Aun así, mirarse a los ojos, por fortuna, no era pecado. Lo era, sí, mirar a otras partes, a las intimidades tentadoras del cuerpo femenino. También eran pecado, contra el mandamiento nueve, los deseos y los pensamientos. En esta materia, además, no había simples faltas o pecados leves. Todo era grave. En lo de “honrar a tu padre y a tu madre” podías cometer una falta de respeto, desobedecer, dar una mala respuesta a mamá; pero eso no te llevaba al infierno. En tocamientos, miradas y pensamientos impuros, todo era grave, mortal: por un solo pecado te mandaban al infierno.

Frente a los pensamientos, a los más fugaces y recónditos, cobraba toda su importancia lo de estar “en la presencia de Dios”, según te recordaban a toda hora. Ningún otro adoctrinamiento me hizo tanta mella; se me grabó a fuego. He vivido todos mis años jóvenes ante ese Dios que ve y vigila nuestros más íntimos pensamientos con una mirada escrutadora, taladradora, de juez, y no benévola o consoladora, como llegó a serlo más tarde. Aun así la acepté como un corderito silencioso y no me rebelé contra ella. Por entonces no veía los ojos divinos sobre mí como intrusión maligna y sí sólo como una advertencia permanente: cuidado con lo que haces o simplemente piensas, que te veo.

Mujeres tentadoras, pecado mortal, Dios que te ve y, al menor descuido, te expedienta para el infierno: ésa fue la empanada mental de mi mente preadolescente, o, más bien, bomba de relojería, que me había de explotar, a menos que la desactivara. No pude o no supe desactivarla; y así me fue al llegar a la pubertad. Para ser más exacto, así me fue al pasar en San Sebastián un verano a mis trece años.

Ya habíamos estado allí el año anterior, también durante un mes, mi madre, mi hermano y yo, para pasar unas vacaciones de playa. El primer veraneo me lo había pasado muy bien, con la inocencia de un niño. Conocí el mar, que no había visto antes; aprendí a nadar en las aguas seguras de La Concha; recorrimos toda Guipúzcoa, o casi, pues cada día, mi madre nos

llevaba en un trenecillo o en autobús a pasar la tarde fuera de la capital o incluso la mañana en otra playa.

El segundo año, en cambio, fue mi perdición, un viaje al fondo de la noche, la del puritanismo. Mi terror al infierno, al pecado conducente a él, junto con mi ignorancia –a falta de hermanas y de primas- de cuanto se refiere a la mujer, se dieron de bruces con los cuerpos playeros femeninos. Era pecado verlos, aun sin mirarlos. Lo era también, esto aún más insidioso, imposible de evitar, pensar en ellos y no ya sólo con detenimiento mórbido o moroso, sino simplemente por un instante en que su imagen emergiera en el recuerdo. También esto entraba en la categoría de pensamiento impuro, de pecado mortal, que, de morir entonces, podía ponerme de patitas en el infierno, como al desgraciado joven de la plástica.

Bien discretos eran los trajes de baño al uso entonces antes de la invención del bikini. Pero incluso fuera de la playa la ropa veraniega femenina, más ligera, alimentaba mi obsesión. Se extendió ésta casi a cualquier parte del cuerpo de la mujer, a los muslos, desde luego, y, todavía más, a los brazos al descubierto, en un verano en que se puso de moda la llamada “manga japonesa”, de solo cinco o diez centímetros desde el hombro. Me turbaba la piel femenina atractiva, con excepción, por fortuna, de la cara. En eso no llegué al extremo de uno de los santos que se nos proponían como dechados de pureza, del joven Luis Gonzaga, quien por pudor, decían, ni siquiera miraba al rostro de su madre.

En la playa yo no miraba ni brazos ni muslos desnudos, pero, aun sin mirar, pecador de mí, los tenía delante y los veía; y las imágenes de fragmentos femeninos persistían y afloraban en el recuerdo, en “pensamientos” que, aun sin yo alentarlos o evocarlos, ni tampoco transformarlos en “deseos”, podían ser mortalmente pecaminosos. Me estalló así, aquel verano, una crisis de pubertad bien diferente de la habitual en otros chicos.

En los alumnos de colegios religiosos la pubertad solía significar una crisis moral por el conflicto y choque entre la doctrina inculcada y el pecado solitario, el de masturbación, o, en los más precoces, los jugueteos eróticos con chicas. En mi caso no había nada de esto: nada de jugueteos o de prácticas sexuales, solitarias o con otros. Todos mis “pecados” eran de pensamiento y, si acaso, como mucho, de mirada, no contra el sexto, sino contra el noveno

mandamiento, penalizado con igual castigo eterno. El miedo al pecado o, más bien, al infierno transformó el despertar sexual de la pubertad en el inicio de un largo periodo que algún confesor identificó como de “conciencia escrupulosa” y que cualquier psiquiatra o psicólogo hubiera diagnosticado como neurastenia o neurosis obsesivo-compulsiva: una obsesión moral y religiosa que me llevó a los bordes de una precoz locura, a punto de hundirme en ella. .

En el mes veraniego donostiarra iba a misa y me confesaba a diario antes de ella con intención de comulgar. Me asediaba en el templo otro terror obsesivo: no podía pasar a comulgar en pecado, tras algún pensamiento impuro del día anterior que no me hubiera absuelto el confesor. Sin el sacramento de la confesión hubiera añadido un segundo pecado, todavía más grave, de sacrilegio, al recibir la hostia consagrada en estado pecador. Para mi desgracia, tras la confesión, durante el desarrollo de la misa, me venía a la mente alguna imagen femenina y ya no me atrevía a recibir la comunión. Opté por confesarme muy avanzada la misa para pasar casi directo del confesonario al comulgatorio, sin tiempo para ninguna imagen pecaminosa: Y aun así, en el minuto entre levantarme de un sitio y arrodillarme en el otro, ya había cometido algún pecado, de pensamiento, claro está. Más de una vez retrocedí a mi banco estando a dos pasos del comulgatorio. De hecho, en todo un mes de confesión diaria, sólo un día llegué a comulgar.

No era suficiente la confesión diaria. Podía sucederme como al joven de la plática: morir de repente por la noche. En consecuencia, antes de acostarme, y junto con otras oraciones, había de hacer acto de contrición, de arrepentimiento. Lo hacía -y de modo repetido, compulsivo- con el rezo prescrito para el caso: el “Señor mío, Jesucristo”, con aquellas palabras de “pésame, Señor, de haberos ofendido, por ser vos quien sois, porque os amo sobre todas las cosas”, palabras que glosaba y extendía con otras de mi cosecha. Lo hacía también, en forma breve, en cualquier instante en que me hubiera saltado a los ojos o al pensamiento un fragmento vedado del cuerpo femenino. Vivía de continuo como si aquel fuera el último minuto de mi vida y hubiera de comparecer de inmediato ante el tribunal divino. Estaba en presencia de Dios y eso no admite bromas ni simulaciones. A él no se le pasaba ni una y en cualquier momento te podía llamar a capítulo.

Había un par de poderosos escudos protectores frente a una muerte súbita en pecado: el escapulario de la Virgen del Carmen y la comunión en nueve primeros viernes de mes consecutivos. El mecanismo de estos dos seguros de vida eterna parecía consistir en que la muerte se dejaba ver venir y te daba tiempo para arrepentirte cumplidamente. Un espíritu neurótico, sin embargo, no se sentía a seguro ni siquiera con estos blindajes. Las nueve comuniones habían de ser en las debidas condiciones, pero ¿y si alguna de ellas había sido sacrílega? El escapulario debía haber sido bendecido por un carmelita con autoridad para ello; y esto ¿cómo verificarlo? La virtud de ese pequeño trozo de tela marrón se perdía, además, entre otros accidentes, al mojarse. No podías lavarlo ni tampoco te podías bañar con él, so pena de perder su protección. Así que tampoco estabas blindado con el escapulario. Podía no estar apropiadamente bendecido o hallarse por desgracia caducado.

Ningún blindaje bastaba para alejar el pensamiento de la muerte. Éste me acechaba tanto como el de Dios. Escribe Unamuno que dicho pensamiento significa para los individuos y para los pueblos el ingreso en la “pubertad espiritual”. Por lo que digo queda claro que la pubertad biológica la viví de una manera bien rara e inusual, en absoluto vital y no a la manera común. Pero esa otra pubertad, la espiritual, bajo la sombra de la muerte, ¡vaya si la viví y cómo!

Nuestros mentores espirituales no perdían ocasión de recordarte que has de morir, y no sólo con el “Memento mori” y el “recuerda que eres polvo”, del Miércoles de Ceniza. También te recordaban que puedes morir muy joven, como tuve ocasión de comprobar con mis ojos bien pronto, antes del lamentable veraneo donostiarra. Había muerto –de tuberculosis, creo- un colegial, un niño de diez u once años, algo menor que yo. Los profesores –con gran inconsciencia, pero seguramente para infiltrarnos bien el miedo a la muerte- nos sugirieron ir a la casa mortuoria. Hoy sería inconcebible algo así: los cadáveres pasan de inmediato al tanatorio y allí no hay por qué verlos. Pero en aquellos años, aparte de que se moría de tuberculosis, todavía la muerte estaba a la vista. Fui, pues, con algunos compañeros a la casa del niño fallecido; y nos dejaron entrar con toda naturalidad. Guardo muy vivo todavía hoy ese recuerdo: con viveza mayor que cualquier otro recuerdo de esa época. Seguramente entré entonces en la pubertad espiritual. De la otra pubertad, repito, mejor no hablar. Pero sí que entré -¡y cómo!- en la espiritual.

No era yo tan radical y fúnebre como otro compañero que, aquejado sin duda por una neurosis pareja a la mía, pensaba hacerse cartujo. No le achaco neurosis a humo de pajas. Si pienso en su religiosidad como enfermiza, con un cuadro de patología afín al mío, es porque iba los domingos al cementerio para estar allí meditando a solas. Yo no llegué nunca a ese morbo de lo fúnebre. Pero, sobre la experiencia de mis tiempos de conciencia lacerada, puedo imaginar la dolorosa conciencia suya: hasta qué punto él debía de sufrir para en lugar de ir al cine o flirtear con chicas, irse al cementerio.

No había otra forma de superar el terror paralizante de una conciencia escrupulosa, neurótica, sino por elevación ascética y mística. En la elaboración de mi neurosis, para defenderme de ella y aliviarla, hube de pasar a una devoción masiva y una espiritualidad de vuelos altos. No me quedaba más remedio que hacerme, si no cartujo, sí religioso de una Orden austera, eso pensé. Me propuse la santidad y no ya sólo la pureza. Quería ser un gran santo, un santo de canonizar y estar luego en los altares, como lo habían sido algunos santos que murieron jóvenes, antes de los 25 años: Luis Gonzaga, Juan Berchmans, Gema Galgani, Estanislao de Kostka, Domingo Savio. También algún otro, como Rafael Arnaiz Barón, un joven trapense aquejado de toda clase de dolencias y fallecido en 1938, en plena juventud, con 27 años, cuyas glorias ya se nos narraban entonces, aunque sólo fuera canonizado en 2009 por Benedicto XVI.

En mi busca de trato lector con los santos encontré la perla en la *Historia de un alma* de Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz (ése fue su nombre completo de monja), la de Lisieux, convertida en mi santa predilecta. Adquirí el volumen de sus escritos completos y los que una hermana suya redactó tras recoger sus palabras en las últimas semanas de su breve existencia de sólo 24 años. Fue ella una niña ingenua y confiada, también en su religiosidad, con el lema de una “infancia espiritual”, la de un “alma pequeñita”, como decía de sí misma. Pero aspiró siempre con audaz confianza a ser “una gran santa”. Teresita no parece haber tenido y ni siquiera barruntado la noción de pecado mortal y nunca habla del infierno. Somos como niños, entiende ella, y Dios observa nuestras faltas como las de niños. Se entrega, pues, al amor misericordioso de Dios y al de Jesús –que es Dios- que todo lo perdonan y a

todos perdonan. Tales pensamientos eran bálsamo para mi alma dolorida, que salía reconfortada siempre de la lectura de santa Teresita.

Tuve otras lecturas reconfortantes, edificantes, que transformaron mi neurosis obsesiva en un estado más sereno. La más leída y por más tiempo fue y siguió siendo *La imitación de Cristo*, “el Kempis”, dicho en abreviatura. De ese devocionario extraje, sobre todo, la mística de Jesús que contiene: “¿Qué puede darte el mundo entero sin Jesús? Estar sin Jesús es triste infierno; estar con Jesús es dulce paraíso”. Leí mucho también un par de folletos piadosos de un jesuita, que se referían a Jesús como “el Amigo”, que te había elegido a ti, personalmente, y con quien podías mantener una conversación y un trato continuados, de perfecta amistad. Desarrollé así una intensa piedad, centrada no ya en el juicio de Dios, sino en su amor, en el de Jesucristo, que centraba todos mis pensamientos. Eso sí, no podía distraerme de ello. Ya lo decía el Kempis: tu amado, tu amigo, es de tal condición que no tolera ningún otro. En esa figura, en la del amigo Jesús, pasó Dios de ser severo juez a ser consolador. Entiendo bien, por eso, a los que ven en la religión un consuelo. Para mí llegó a serlo, aunque realmente se limitó a curarme de los traumas que ella misma había causado.

La adolescencia suele ser el momento en que la identidad se forja: en el proyecto de vida adulta y en la adopción de una ideología. Otros quieren ser grandes poetas o ser campeones absolutos en algún deporte. Pues bien, mi ideología era la de una espiritualidad en torno a Jesús; y mi proyecto el de ser santo. Ese fue mi primer proyecto serio de vida, un proyecto de excelencia. Había de serlo en plazo breve, como lo había sido en mis modelos de santidad. Todo eso concurrió a querer ser santo, y por la vía rápida, a semejanza de aquellos jóvenes que habían muerto antes de los veinticinco años y habían llegado a los altares. Seguramente esa aspiración venía no sólo de las lecturas; era un recurso y modo de salir de los tormentos de conciencia. Me fijé un plazo de diez años para conseguirlo.

El único modo de distraerme de la conciencia atormentada era no tener más pensamiento que el de Dios, como decían Teresita y el Kempis. Disminuyeron los terrores, porque Jesús tenía un corazón y podía ser mi amigo siempre a mi lado, que me hablaba y al que hablar.

De acuerdo con mis modelos tenía que hacerme monje o religioso. Todos ellos lo habían sido. Muertos muy jóvenes, ninguno tuvo una proyección misionera, de apostolado, o de ayuda a los demás. Eran modelos de santidad individual vivida en el convento. Era el camino para ser santo. La vía tenía que ser la de ellos: la oración, el recogimiento, la renuncia al mundo y a sus placeres, es más, el sufrimiento voluntario por amor a Cristo, por imitación suya, de su pasión. Así lo ideé. Entraría en un noviciado al acabar el bachillerato. Había que apresurarse: era mi obsesión; y aplicarse a ello. Frente a otros posibles modelos de santidad, extravertidos, volcados en la acción de enseñar o propagar la fe, en compartir con otros, ayudar a los enfermos, a los necesitados, me sumí con dedicación enfermiza en un modelo introvertido e insolidario. El secreto para llegar a la deseada santidad estaba en muchas horas de oración y en una disciplina ascética de duro autocastigo.

Durante mis tres últimos años de colegio, me fijé y cumplí a rajatabla un programa que me ocupaba entre dos y tres horas al día: misa, rosario, culto ante el altar, meditación de al menos media hora, lectura piadosa y a menudo viacrucis. Este último lo realizaba incluso fuera de temporada. También en Navidad o en Pascua me recorría de rodillas las catorce estaciones de la pasión del Señor marcadas en las paredes de las iglesias. Yo sabía que los fieles que estaban en el templo me veían raro; pero esto mismo lo incorporaba a mi autohumillación, imprescindible para alcanzar la perfección de un santo.

No bastaba con el programa piadoso, no difícil de observar. La santidad y la presteza en adquirirla requería un “más difícil todavía”: castigar el cuerpo en beneficio del espíritu y renunciar del todo al mundo. Durante esos años no fui jamás al cine, ni leí novelas, que tanto me gustaban. Sólo leía libros de espiritualidad y los de texto, los de obligado estudio. Tenía que concentrarme en no pensar en nada que no fuera o Dios o el amigo Jesús.

Mi neurosis de santidad alcanzó el colmo masoquista de disciplinarme en el sentido estricto medieval de los flagelantes. Una o dos veces por semana me azotaba en la espalda, bien es cierto -¡flojo de mí!- que sin hacerme sangrar. O bien me ponía cilicio durante varias horas: un cinturón de alambre, con las púas directamente aplicadas en la carne de la cintura. De invención mía, creo, aunque no la patenté en el registro de técnicas de autocastigo, era la no menos masoquista práctica de colocarme piedras dentro de los zapatos.

Casi a diario practicaba alguna de esas crueldades. Inventé, además, otra autocrueldad algo peligrosa para la salud: no probar agua fuera de las comidas, por mucha sed que tuviera e incluso en agosto. Durante el verano posterior al donostiarra, más de una vez fui de excursión y caminata en grupo por el monte varias horas, toda la tarde, y ni siquiera ante las abundantes fuentes de montaña probé el agua. En mi repertorio sólo me faltó salir descalzo con cadenas en los tobillos y un madero al hombro en una procesión de Semana Santa.

Puede ya suponerse que no bebí jamás vino o cerveza en esos años. Y no fumaba cuando todos mis compañeros sí lo hacían. Al menos esto último, no haber probado en mi vida un cigarrillo, ha sido bueno para la salud.

Lo neurótico se suavizó después, sin desaparecer del todo. Fue una neurosis de adolescencia mal curada. Se comprenderá que haya visto bien acertado el diagnóstico de Freud: la religión como neurosis colectiva; la neurosis como religión individual. ¿Vale para todos? No afirmaré que toda religión sea neurótica, aunque muchas formas suyas sí lo son. Desde luego, lo ha sido –y mucho, en alto grado- en mi caso. Creo que no he dejado de ser algo neurótico, aunque he mejorado bastante.

De esta “historia de un alma”, de la mía adolescente, no extraigo ninguna generalización. No presumo que toda religiosidad adulta sea fruto de una persistente, acaso suavizada, neurosis juvenil. Me he limitado a relatar mi caso, eso es todo.